

El Código Da Vinci



Gabriel González Vega

Con esta obra nos encontramos ante el extraño caso de un filme menos importante que todo lo que guarda relación con ésta: la apasionante novela original, el millonario éxito de ambos, la intensa y orquestada campaña de desprestigio por parte de iglesias cristianas, que se sumó a la de promoción impulsada por los distribuidores, y el escandaloso manoseo mediático de los temas que trata. Lo que al menos sugiere la certeza de una idea que se deriva del propio libro: de cómo los intereses y la intrigas de poder definen las organizaciones religiosas en el devenir humano, lo que no hay que confundir con el anhelo de lo metafísico, con la inspiración divina, que vibra en el alma de cada individuo. ("...quiero por lo menos ser Dios", decía el filósofo Miguel de Unamuno).

Si bien el autor de la novela es Dan Brown, ésta es una esmerada realización editorial, forjada con el trabajo minucioso de muchos colaboradores, algo normal en el modo de producción vigente. Pese al desprecio de algunos intelectuales, el libro convence como obra literaria. Es un relato ágil, dosificado y erudito; que atrapa y mantiene el interés. De corte policial, se basa en la intriga y el misterio —nos sumerge en la criptografía y el simbolismo— juega e indaga con la magia y la religión, y ciertamente, ofrece observaciones críticas estimables. Se atreve a mostrar la violencia descarnada, pero sin el regodeo morboso usual, y es puritano en cuanto al erotismo de los protagonistas. Al lector atento e interesado le provocará reflexiones críticas muy provechosas. Que el arte debe suscitar preguntas, no brindar respuestas. El perfil psicológico de los personajes es sencillo y la tesis sobre la represión de lo femenino en el imaginario cristiano viaja con el intrincado relato y se somete a éste. Mas, que sea distinto, no significa que no sea valioso ni útil. El conocimiento y su depuración transitan caminos diferentes.

Luego de leer, asimismo, *Ángeles y demonios*, del mismo autor, el que me pareció un libro aún más interesante (presenta al mismo protagonista, el eminente profesor de Universidad de Harvard, Robert Langdon) confirmo estas cualidades de Dan Brown. Frente a la cultura pop dominante —entre otras cosas, enemiga de la literatura, como sostiene el investigador guatemalteco Mario Roberto Morales—, ahogados por la superficialidad, novelas como éstas —que además sí se leen— son una bendición para los que preferimos seres humanos que piensen y disientan, no rebaños de fundamentalistas empeñados en matar o morir a nombre de sus prejuicios y al servicio de la teocracias que los controlan, como ya ocurre, sea en Irán o en los Estados Unidos, porque los extremos se unen...

El filme, estrenado sin éxito en el Festival de Cannes, pero que llenó las salas alrededor del mundo, es, paradójicamente, menos cinematográfico que la novela. Fiel a ésta, su transcripción literal resulta desigual y a veces se torna aburrida. Su puesta en escena nos atiborra de datos que no da tiempo de digerir. Si bien muestra una factura notable, no aprovecha suficientemente los sitios extraordinarios y las situaciones insólitas por las que discurre. Como "thriller" (cine "negro" que estremece) se maneja con colores fríos y tonalidades grises, que no tienen la fuerza tanta fuerza en las imágenes como en obras realmente notables como *Colateral* de Michael Mann o *los Siete pecados capitales* de David Fincher. Algunos planos parecen postales.

Tom Hanks es poco creíble; no tiene estampa de profesor ni brilla por su sagacidad. Luego de sus acertados papeles en *Filadelfia*, (un abogado homosexual enfermo de SIDA), *Forrest Gump* (un tonto muy vivo) y *La terminal*, (un extranjero víctima de la xenofobia y la violencia demencial de la dictadura fascista que se consolida en los Estados Unidos) aquí vaga sin alma, como perdido. Su compañera, Audrey Tatou, un poco más expresiva, se queda corta como Sofía. (¿Esa es Amélie?). Y Jean Reno (*Nikita*), experto en estos roles, tampoco tiene oportunidad de aderezar su comandante Fache. Lo que dicen, a veces, parece recitado.

Los usualmente magníficos Ian Mc Kellan (*Dioses y monstruos*) como el insidioso noble inglés y Alfred Molina (*Mi bello lavadero*) como el obispo Aringarosa sí logran, en papeles secundarios, dotar de mayor hondura, malicia y humor a sus caracteres. El filme nunca levanta verdadero vuelo; yo me quedé frío ante la pantalla luego del delicioso viaje que tuve con la novela. Sin embargo la segunda vez que lo visioné, sin tener la novela tan presente, me gustó mucho más. No es una mala película y comparto la calificación de siete (de diez)

que le otorgaron tres colegas locales. Tampoco me sorprende el resultado. El director Ron Howard no es un verdadero artista, sino un experimentado fabricante de narraciones. Un técnico hábil que no parece tener una perspectiva personal, un cineasta sin suficientes agallas. Su trayectoria así lo demuestra: *Splash*, *Cocoon*, *Willow*, incluso lo mejor que ha hecho, *Apollo 13*, tampoco trasciende. Con *El luchador* protagonizada por Russell Crowe, logra su mejor filme, gracias en mucho al talento y empeño del actor.

Junto al desencanto de muchos cinéfilos que esperaban más, observamos una campaña millonaria e insidiosa para desprestigiar novela y filme y para convencer a todo el mundo de evitarnos como a la peste incluso, en este país, ha sido evidente el manejo mediático, especialmente en el diario *La Nación*, y no han faltado quienes se han sentido urgidos de sumarse a la cruzada. Los hilos de una inmensa red de poder han sido expuestos. Veamos algunos de los argumentos de estos modernos inquisidores.

- Atacar sus ventas exitosas ha sido de un cinismo flagrante por quienes, a la vez, defienden a ultranza esta sociedad globalizada de la máxima producción y el máximo consumo.
- Una línea de fuego consistente ha sido atacar los presuntos errores históricos de la obra. De tomarlos en serio, se requerirían cientos de páginas para analizar cada dato y contexto e intentar verificarlos, pero esto es un callejón sin salida, puesto que el arte no se juzga con los parámetros de la ciencia.
- Se ha comparado reiteradamente *El Código Da Vinci* con la Biblia y hasta con dogmas de la fe. Pero, como obra de arte y como testimonio estético, no es ni una fuente original ni una interpretación científico-social, por lo que, como en todo el arte, esa presunta exactitud no es relevante, sino el punto de vista del autor. El arte es precisamente esa posibilidad de examinar las cosas de otro modo, con otras herramientas, a beneficio de inventario. Además, se ha presumido que la *Biblia* es sinónimo de verdad histórica. Pese a que ésta son varios libros, sobre un determinado pueblo de la humanidad (las recientes campañas de destrucción del gobierno de Israel en el sur del Líbano —sin obviar el terrorismo islámico como corresponsable del conflicto—, revelan lo que significa la sentencia del "pueblo elegido" en el contexto del Viejo Testamento). La Biblia procede de diversas épocas, con variados orígenes —incluida la tradición oral—, cuyas partes han sido alteradas, suprimidas, traducidas o interpretadas, además de apropiadas por la dogmática religiosa que para algunos éste, o aquel o el otro texto, el *Corán* o el *Popul Vuh*, sean verdad revelada no los hace ciencia histórica. Además, la historia, como ciencia, también debate muchos puntos de vista contradictorios; ni siquiera la ciencia Física escapa a esa incertidumbre y al hecho de que al observador siempre modifica lo observado, como ocurre con las partículas más pequeñas que se han ido descubriendo.

Mas, hay un solo dato, el esencial en el que no hay error en la novela y que ha sido demostrado ampliamente con todo lo que ha ocurrido. Que existen poderosas organizaciones humanas religiosas, vinculadas con otros ejes de poder, que usufructúan la necesidad metafísica, la voluntad de trascendencia y el anhelo de lo divino que sienten una mayoría de personas, para sus muy humanos intereses, poderes terrenales que al sentirse amenazados reaccionan con una fuerza y una virulencia que confirma su índole. Al respecto, y a modo de ejemplo, conviene tener presente la sólida investigación de David Yallup sobre el asesinato de Juan Pablo I y las mafias del Vaticano, *En el*

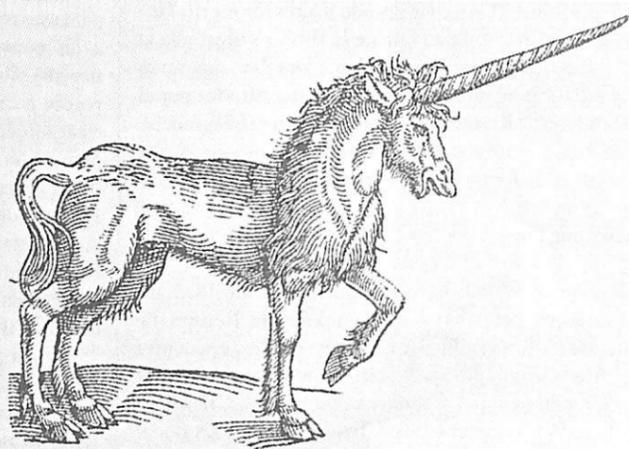
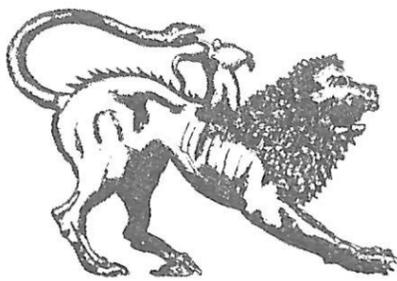
Nombre de Dios (sobre el mismo tema trata el filme *El Padrino III*, de Francis Ford Coppola). Dios o Jesucristo, no son la propiedad privada de grupos que cobran peaje por llegar al cielo. Cada ser humano tiene el derecho y el deber de buscar y creer o no, de alcanzar la fe o negarla. El que se erige como intermediario fácilmente se vuelve opresor —el poder corrompe— y manipula esa fe a su conveniencia, de forma análoga a como ocurre en el ámbito de lo político y social. Faltan a la verdad los que dicen que estas obras atacan a Dios. No es cierto; pero sí dan a entender que Dios es de todos y de cualquiera. Que nadie tiene derecho a erigirse en su representante oficial. El problema es de dimensión humana. La historia se repite. Ya Federico Nietzsche había subrayado cuanto destrucción y maldad acumula la historia de las religiones. Para muestra de esa combinación de ignorancia y mala fe baste el filme *El Nombre de la Rosa* de Jean Jacques Annaud, basado en la novela de Umberto Eco.

Se ha dicho que es irrespetuoso apartarse de la versión oficial de una iglesia dominante. Esto es grave porque condena el acto —y el derecho— de

conocer y expresar ideas que no sean las de los detentadores del poder. Esto es negar de raíz la libertad de la condición humana o el libre albedrío religioso o esclavizarnos a todos. En sociedad se regulan y hasta se sancionan las acciones; pero bajo ninguna circunstancia se deben prohibir las ideas y su libre expresión. Hay que resucitar a Voltaire. Pedirle a los adultos, como se ha hecho, que no vean un filme —este o cualquiera— para que no se confundan, es decirles que son incapaces de pensar y elegir en situación, que su fe depende de la ignorancia; que solo deben obedecer, ¿no es esto, desgraciadamente, lo que nos dicen en casi todos los ámbitos? Y algunos, domesticados, hasta se jactan de hacerlo, de convertirse en meras cosas, sin voluntad propia, atentos a las órdenes de sus dueños. No por dicha, todavía algunos creemos en el ejercicio de la libertad, no en la obediencia al opresor. Pensamos que el respeto es reconocer la libertad del otro, para bien de todos, no como pretenden los inquisidores de siempre, abstenerse de poner en tela de juicio las creencias que imponen los poderosos mediante el miedo y la mentira.

Por la figura de Jesucristo, yo siento la más profunda admiración, sea éste visto como humano o como divino, y abrazo hasta donde alcanza mi falibilidad humana, su evangelio de amor, como han hecho algunos en las iglesias y como han hecho muchos otros en las mismas iglesias. Libro y novela tratan a Jesús el cristo con gran respeto; es a "los mercaderes del templo", a "los fariseos" que usan el nombre de Dios para justificar sus crímenes, a los que éstas y otras obras censuradas se refieren; frente a las que debiera suscitarse una discusión religiosa, inteligente y esclarecedora en vez de la censura oscurantista que hemos sufrido. En buena hora que la gente vea el filme y lo analice con sinceridad.

* Parte de este texto fue publicado en el *Semanario Universidad*, Universidad de Costa Rica, 16, cultura, 29 de junio de 2006. Se publica aquí el texto íntegro.



Epitafio



Érica Arroyo Salas

Hubiera deseado equivocarme más seguido.

Hice todo lo que pude en el tiempo que pude.

Señor, no la viví lo suficiente, la desperdiicé demasiado.

Al fin podré dormir lo suficiente.